

DESPEDIDA AL AMIGO

Por Héctor Ceballos Garibay

No seré yo quien pondere la obra narrativa y poética de Luis Ortiz, misma que merece un mejor crítico para tan importante y urgente encomienda. En cambio, me voy a referir al sujeto que precede al escritor, al ser humano excepcional que murió hace unas cuantas horas y nos dejó en esta estela de zozobra y melancolía.

Tampoco haré mi versión personal de *La ceremonia del adiós*, libro impactante en donde Simone de Beauvoir describe paso a paso y sin pudor alguno la lenta, dolorosa y patética muerte de Jean Paul Sartre, su querido compañero. No aludiré, entonces, a la prolongada agonía del todavía joven escritor uruapense, ni me detendré en relatar los pormenores del asesino y tortuoso proceso canceroso que le arrebató, luego de varios años de cruenta lucha, esa plenitud de vida que lucía Luis antes de enfrentarse con el vía crucis que injustamente el destino le deparó.

En este momento de homenaje luctuoso, ante la presencia imponente de su féretro, rodeado por sus familiares y amigos, ubicado en el patio de este recinto bello y sagrado, la Biblioteca Justo Sierra, donde tantas horas de su vida pasó como lector y miembro fundador de tan noble institución, nada resulta mejor que hacer uso de la palabra a fin de rendirle un último tributo al amigo leal y entrañable que fue Luis Ortiz.

Como bien la cultivó y prodigó Adriano, el personaje histórico-ficticio de Marguerite Yourcenar, la amistad es sin duda la cualidad más loable de los seres sociales. Se trata de un seña de identidad civilizatoria, una conducta aprendida y heredada a través de la educación; pero también, no hay que olvidarlo, la amistad revela la presencia de ese don específico que cada persona despliega de manera peculiar al relacionarse con los otros hombres y mujeres con quienes vive y convive. Así entonces, la amistad no es otra cosa que *compartir, comprender, compadecer*, es decir, una experiencia de entrega recíproca y voluntaria entre individuos, mediante la cual se nutre el alma y se le confiere sentido y beatitud a la existencia humana.

Y Luis Ortiz fue, por sobre todas sus cualidades, un amigo entrañable. Alguien que tenía el bienaventurado don de abrirse y entregarse a los otros con su proverbial alegría. Igual que su estatura de gigante, su espíritu se expandía a cada sonrisa que nos regalaba, su ingenioso sentido del humor se derramaba por todos lados contando sabrosas anécdotas o ilustrando a sus escuchas con sus sesudas reflexiones. Luis era todo un encanto. Un hombre lúdico y hedonista por excelencia. Amante del arte de la palabra. Preocupado por los dislates y los enigmas que avasallan este mundo. Siempre entusiasta

a la hora de participar en proyectos culturales y artísticos, permanentemente dispuesto a luchar contra los entuertos humanos que tanto nos entristecen. Y así, con su enorme cultura, con su enhiesta sensibilidad, con su jocundidad hilarante, Luis nos contagiaba y nos hacía ver el lado amable de la vida. Su agudo sentido crítico se compaginaba bien con su generosidad, y sus dotes de investigador eran las propias del hombre bondadoso que anhela compartir sus conocimientos con sus semejantes y luchar contra el terrible flagelo de la ignorancia.

Hombre bueno “como el pan”, así era Luis Ortiz, y por eso cultivó lo que sembró: el amor infatigable y tierno de sus hijas, de su esposa Hilda –un ejemplo magnífico de solidaridad- , de sus hermanos, de su madre y de todos los amigos que estuvieron cerca de este gigante cuyo corazón se resistió denodadamente a dejar de latir. Y le asistía la razón, pues Luis tenía todavía mucho que ofrecer de su talento y bonhomía a sus congéneres.

De las múltiples virtudes de Luis, envidié sobre todo su capacidad para relatar con amenidad los sucesos que atormentan o deleitan estos lares en donde vivimos. Él era un cuentero nato, al estilo de Eraclio Zepeda, un artista oral, un prestidigitador de la palabra. En cualquier convivio que estuviera, de inmediato se apropiaba del escenario y se volvía el alma de la fiesta. Ninguna tertulia podía ser aburrida si estaba ahí Luis Ortiz, con sus repetidas carcajadas y su infinita chispa verbal. Sí, extrañaremos esa magia carismática que poseía, sus anécdotas y escritos, sus finas ironías, sus ambiciones ilimitadas, sus utopías cotidianas y hasta su inocente costumbre de plantarnos a la hora de las citas, todo ello lo extrañaremos siempre.

En esta mañana soleada del 17 de julio, nada es mejor para despedir al amigo que tributarle un último aplauso.